

EL TRABAJO

Órgano de la Sociedad de Albañiles de Madrid

Teléfono 15156.—Secretaría 25.—Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)



La poderosa Sociedad de Albañiles El Trabajo

El primer trabajo de estudio y consulta que emprendo al hacerme oficialmente cargo de la Contaduría de nuestra Sociedad es el que esbozo en el presente artículo, por considerarlo de gran utilidad, a juicio mío, para los asociados que la integran.

Antes de entrar de lleno a especificar la sugerencia de esta idea vamos a hacernos unas preguntas a sí propios, y después responda con sinceridad la conciencia de cada uno si éstas fueron lanzadas por el solo hecho de facilitarnos una exhibición teatral, o porque se sienten de veras y se percibe de tiempos lejanos la brisa redentora de la emancipación.

Concedamos primacía de turno a la siguiente pregunta, por considerar que ésta es la que en el fondo encierra mayor sacrificio por parte de los actores a quienes atañe, sin pretender con ello restar eficacia ni mucho menos el valor positivo que las restantes tienen dentro de la vida de nuestra organización.

Cuando el pequeño grupo de compañeros pensó y convirtió en realidad la constitución de esta nuestra Sociedad, ¿lo hizo para después darse el gustazo de un regocijo al ver cómo en años sucesivos toda su obra se resquebrajaba?

Con toda seguridad podemos afirmar que no fué así, pues si lo hubiera sido no se habría llegado a contar a estas fechas, como se cuenta, con el elevado número de ciento noventa y tres pensionados, advirtiéndose que el número total de los compañeros que la han disfrutado desde la fecha en que se estableció (1 de febrero de 1913) hasta el momento presente es el de trescientos treinta y nueve, pues los ciento cuarenta y seis que figuran de menos entre el total y los que hay en activo dejaron de percibir el subsidio por causa de defunción.

El primero de estos compañeros que empezó a disfrutar este derecho es el compañero Francisco Torres Cristóbal, que tiene en la actualidad el número 6 en la Sociedad, y el que, por desgracia, dejó primeramente de percibirlo fué el compañero Alvaro Téllez López, número 80 (el 17 de octubre de 1921), por defunción.

Cuando estos y otros compañeros pensaron en el medio de realizar la cobranza de cupones y confección de los mismos gratuitamente y entre muchos compañeros, ¿lo hicieron con propósitos de lucro? ¿O fué porque el número de asociados era escaso y no interceptaban con ello la buena marcha de la administración, al propio tiempo que la fortalecían económicamente?

La contestación no se presta a dudas ni vacilaciones; pero en los tiempos presentes sería necesario «atarese bien los machos», como dicen los taurófilos, porque ello habría de representar a los mares sin dique, a los ríos sin cauce o al potrero cerril en plena libertad, sin bocado ni anteojeras.

Tampoco es admisible tildar de perturbador al elemento joven que hoy forma parte de nuestra organización, porque, a juicio mío, pone toda su ilusión y toda su alma al enjuiciamiento de los problemas de la vida sindical de la misma forma que lo pusieron los precursores en sus años mozos, obedeciendo ambas voluntades, en algunos casos, a voluntades ajenas, aunque no aisladas.

Todo compañero, viejo o joven, consecuente de sus actos ha de experimentar alegría cuando al consultar el estadiño que se adjunta observe la elevación de las fuerzas numéricas entre un año y otro; y todo compañero sensato habrá de experimentar también una profunda pena al observar que por las causas que al final detallaré decae la Sociedad, si no de una manera estrepitosa, de una forma paulatina, pero efectiva.

El adjunto estadiño se refiere sólo y exclusivamente en sus columnas al mes de mayo de cada uno de los veinticinco años de que consta; anticipando que la fecha en que mayor fué el número de asociados es la del mes de diciembre de 1927, en la cual se elevó la cifra a la muy respetable cantidad de catorce mil setecientos ochocientos y tres.

cual dió comienzo el día 1 de octubre del indicado año.

El mes que, por desgracia, contó menor número de asociados en su haber, desde la fecha que se indica hasta la presente, fué el de abril de 1918, pues solamente contaba con cuatro mil ciento uno, y ello obedeció a la codicia capitalista y a la actitud violenta e intransigente de los gobernantes que en la jornada del 17 tenían en sus manos las riendas del Poder.

Examinemos con atención el siguiente estadiño, y al final de su lectura remontrémonos a algunas de sus fechas, de las cuales y acerca de ellas daremos su correspondiente explicación, procurando hacerlo todo lo más documentadamente posible y con la mayor cantidad que nos sea dable de discreción y respeto a las personas, por entender que ésta es la táctica más acertada que emplea todo hombre digno y sensato.

Años	Asociados cotizando	DIFERENCIA		Coberturas	Cuenta semanal	Ingresos por recaudación anual
		En más	En menos			
1906	6.316	—	—	—	0,30	92.964,00
1907	6.556	240	—	—	—	96.594
1908	7.048	1.092	—	—	—	113.829,30
1909	7.914	266	—	—	—	116.890,50
1910	8.639	725	—	—	—	132.098,40
1911	9.153	514	—	—	—	124.186,20
1912	6.390	—	2.297	—	—	109.151,70
1913	6.991	35	—	—	0,40	149.506,20
1914	7.066	75	—	—	—	140.662,80
1915	6.775	—	291	—	—	100.569,60
1916	5.865	—	910	—	—	120.735,60
1917	4.704	—	1.161	—	—	84.207,20
1918	4.105	—	599	—	—	88.708,80
1919	5.295	1.180	—	—	0,40 y 0,75	109.517,50
1920	6.906	1.621	—	—	0,75	184.027,50
1921	11.656	4.750	—	—	—	456.196,50
1922	14.108	2.452	—	—	—	495.960,25
1923	12.430	—	1.678	—	—	308.894,75
1924	13.923	1.493	—	—	—	334.718,25
1925	13.851	—	72	—	—	516.724,50
1926	12.517	—	1.334	—	—	477.871,50
1927	11.646	—	871	—	—	470.566
1928	14.414	2.768	—	—	—	542.103,50
1929	14.683	269	—	—	0,75 y 1	631.527,20
1930	11.686	—	2.897	—	—	243.479,60
TOTAL.....						6.638.682,10

Los cinco primeros años que se detallan son verdaderamente halagüeños para la Sociedad, teniendo una buena parte de esta afluencia numérica el hecho de haberse fusionado con ella las Sociedades El Porvenir y La Armonía, en los años 1907 y 1908.

En el año 1912, a raíz del locaút del 11, por el cual la Sociedad agotó sus cajas, y en una buena proporción las del resto de los trabajadores de España, y una simpática solidaridad extranjera, así como la de un español filántropo, recibe como premio a su esfuerzo la disminución de cerca de tres mil asociados.

Acto seguido, en enero de 1913, la Sociedad, para cumplir sus compromisos y saldar sus deudas contraídas, elevó la cuota a 0,40 pesetas semanales, y este hecho quizá fuera el factor principal de la decadencia y el descenso numérico que se observa hasta el año 20.

Durante los años de la Gran Guerra, por todos tan conocidos, llega la Sociedad a quedarse reducida a cuatro mil asociados; pero no fué de ellos la culpa, sino de infinidad de factores obstaculizantes al desarrollo del trabajo y de la industria nacional, que sin escrúpulos de ninguna especie, y amparados por desaprensivos gobernantes, empleaban sus capitales en Empresas extranjeras, constructoras de artefactos monstruosos que dejaron sembrados de seres humanos y abrasados los campos de media Europa, así como en la miseria a millones de hogares humildes, de los cuales sus moradores no cometieron otro delito que el de nacer.

Desde el año 1919 a la fecha, la Sociedad reacciona, y con ímpetu arrollador duplica sus fuerzas y avanza en su empresa, por lo que sus nobles y justos propósitos de redención son recompensados con el aumento simpático y grandioso que se observa, a pesar de que en este lapso de tiempo — para mejor especificar diremos que en el año 1920 — apunta en su historia una huelga grande y prolongada, declarada el 24 de mayo.

En este mismo año, a primeros de octubre, la Sociedad estableció la cuota de 0,75 pesetas semanales, la que continuó sin interrupción hasta el día 1 de junio de 1929, que con motivo del contrato de trabajo elaborado en el Comité paritario se elevó el subsidio a los compañeros pensionados a la cantidad de 18 pesetas por semana.

En estos veinticinco años ha recauda-

do la Sociedad solamente por cuponaje la cantidad de seis millones seiscientos treinta y ocho mil seiscientos ochenta y dos pesetas con diez céntimos; pero no es esto lo que me induce a calificarla y titularla en estas columnas de la forma que lo hago, sino por la constancia y el espíritu de sus hombres, que sin distinción de ideologías supieron con su esfuerzo, y a pesar de las discrepancias en el pensar, elevarla a la altura en que está colocada entre las demás, así como hacerle contar en su larga y honrada historia hechos nobles y acciones tan generosas que harían interminable este modesto trabajo.

Tomen muy buena nota de esto aquellos que por despecho o en un momento de ofuscación trataron o piensen tratarla dura y cruelmente, porque hasta la fecha nadie está revestido de autoridad para, ni pública ni privadamente, acumularle cierta clase de cargos a que jamás se hizo acreedora.

Obreemos todos con lealtad en todos nuestros actos que con ella corran suerte paralela.

Laboremos todos con verdadera sensatez, y de esta forma, sin necesidad de grandes grupos dentro de su seno, facilitaremos el triunfo a uno solo, y que tiene por nombre glorioso el de Sociedad de Albañiles El Trabajo.

Manuel PARAZUELOS

EL PRISIONERO FELIZ

Una casa constructora de automóviles ha encontrado un anuncio original para sus ventas. Se trata de publicar en los periódicos fotografías del coche de su santidad Pío XI, ofrecido al papa por la Dirección y los obreros de la fábrica. En algo habían de marchar de acuerdo capital y trabajo. Los obreros que montaron el coche, ya que no podían dar otra cosa, dieron su trabajo, negándose a cobrar las horas invertidas en él. Eso es lo que dice el anuncio. Y gracias al anuncio sabemos cómo es el coche del papa: magnífico, como corresponde al vicario de Cristo, aunque Cristo, cuando hundía sus sandalias en el polvo de los caminos, no pudiera sospechar que un día sus representantes en la tierra se pasearían en automóvil.

Magnífico hemos dicho. No hay otro en el mundo que le iguale. El sillón del papa, por ejemplo, está tallado en madera amaranto con incrustaciones de oro y tapizado de terciopelo. De terciopelo, con filigrana de oro, es también el cojín donde se apoyan los pies. Muelle y silencioso, el coche del papa debe de ser propicio a las meditaciones santas. Y esto nos hace sospechar que la prisión del papa no es tan dura como han venido afirmando los católicos españoles desde que un día, hace sesenta años, a las cinco de la mañana, el impío general Cadorna rompió el fuego sobre Roma y abrió una brecha en la Puerta Pia. Es verdad que desde entonces el papa se convirtió en prisionero voluntario en el Vaticano. En lo sucesivo, el cañón del castillo de San Angel, que acompañaba el volteo de las campanas de Roma en las elecciones papales, guardó silencio. Los papas no aparecieron ya en el balcón de San Pedro para bendecir a la multitud. Pero hay prisiones dulces que dan envidia. Unas 15.000 habitaciones tiene el Vaticano. Los parques y jardines que lo rodean hicieron decir a Merry que el Vaticano «es el Olimpo y el Cielo». Una prisión así es el mayor bien que puede descársele a un hombre. Por esos jardines, perfumados por los rosales, rodará silencioso, en los atardeceres de color de ámbar, el coche tapizado de terciopelo, con incrustaciones y filigranas de oro, del papa. Falta saber si alguna vez, contemplando a través de los cristales el cielo luminoso de Italia, se acuerda el papa de los niños que van descalzos.

(De «El Socialista».)

Para la mayor parte, los burgueses no son monstruos. La miseria les conmueve, y en la medida que no pueden aprovecharse de ella quisieran suprimirla. Pero así como el proletariado pasivo excita su conmiseración, también el proletariado que lucha suscita en ellos la mayor dureza, convencidos de que éste mina su existencia. Mientras mendiga, el proletariado encuentra en ellos simpatía; pero desde el momento que se muestra exigente, tropieza con la más enconada hostilidad. — CARLOS KAUTSKY

Federación Local de Obreros de la Industria de la Edificación de Madrid

La Comisión Ejecutiva de nuestra Federación Local se ha dirigido a todos los trabajadores del ramo de la Edificación por medio del manifiesto que a continuación reproducimos, y que copiado a la letra dice así:

«A los trabajadores de la edificación.

Camaradas: Una vez más nos tenemos que dirigir a vosotros para daros a conocer el estado de lucha en que nos encontramos con los patronos intransigentes que atropellan las condiciones de trabajo.

En el oficio de albañil hay un núcleo de patronos sin conciencia que se llaman constructores y que han tomado la edificación por asalto. Para éstos no hay condiciones de trabajo, para ellos no hay solidez en las obras, para ellos no merece ningún respeto todo lo que está estipulado en relación con nuestros derechos.

Se quiere dar de lado a los albañiles. Se los quiere emplear solamente en lo indispensable; en el levantamiento de fábrica, y cuando vienen las «tripsas» de la obra se los echa a la calle, sustituyéndolos por los llamados talochistas o blanqueadores, que trabajan a destajo.

La Sociedad de Albañiles ha tomado acuerdos terminantes, que se oponen a que se trabaje en Madrid por el sistema de la talocha, y ha tomado acuerdos también de que el tabicado, el guarnecido y el blanqueo los hagan los propios albañiles de cada obra, sin que para estos fines entren elementos ajenos al oficio.

El Comité paritario ha ratificado los acuerdos de la Sociedad de Albañiles con el voto unánime de los patronos allí representados; pero el Comité paritario no tiene fuerza, por lo visto, para hacer cumplir los acuerdos que ha tomado. Y como quiera que no pueden quedar desamparados los derechos de nuestros compañeros, es la organización obrera, como siempre, la que va a salir en defensa de los mismos.

La Sociedad de Albañiles es una Sección de la Federación Local que está en la plenitud de sus derechos, pues, afortunadamente para todos, han desaparecido aquellas actitudes que a nadie beneficiaban, nada más que a los patronos; y el Comité Central de esta Federación, compuesto por todas las Juntas directivas de las Secciones federadas, ha tomado el acuerdo unánime de poner en juego toda la fuerza de la Federación para defender el derecho atropellado de los albañiles.

Hemos comenzado a actuar para imponer respeto a los acuerdos del Comité paritario; para que el tabicado, el guarnecido y el blanqueo los hagan los albañiles de cada obra, y ya hemos conseguido que se atiendan nuestros justos deseos en las obras de Cea Bermúdez, 1; Treviño, paseo de Ronda, Fernández de los Ríos, 23; paseo de la Florida y paseo del General Martínez Campos.

Hemos tenido necesidad de declarar dos huelgas: una, en las obras de don Francisco Pérez, calle de Alonso Cano, número 60, y otra, en las de Francisco Morales, calle de Manuel Aleixandre (Puente de la Princesa).

En las obras de Alonso Cano se ha terminado la huelga triunfalmente, por haber reconocido el patrono la justicia de nuestros deseos.

En las obras de la calle de Manuel Aleixandre, de D. Francisco Morales, continúa la huelga de todos los oficios de la edificación, porque este patrono, que fué obrero ayer, se ha colocado en un terreno de intransigencia, y a toda costa quiere tener talochistas, dando de lado a los albañiles que han subido la fábrica.

Ante esta situación, nos dirigimos a todos los talochistas, haciéndoles saber que hay en huelga más de setenta compañeros de los distintos oficios federados, y que por ningún concepto ningún trabajador digno debe prestarse a ir a traicionar a sus hermanos, siendo desleal a nuestra causa.

Nadie debe ir a trabajar a las obras de D. Francisco Morales. Todos los federados deben cumplir con su deber, y deben procurar que no vaya ningún otro obrero a servir los intereses del patrono de hoy Francisco Morales, intransigente y explotador, que, cuando ayer era obrero,

clamaba constantemente en contra de los patronos.

La Federación Local de la Edificación y todas sus Secciones cumplirán con su deber, haciendo ver a ese patrono que Madrid tiene una organización potente, que hay unión y disciplina y que, por tanto, no puede hacer lo que quiera, sino lo que sea justo.

¡¡Camaradas!! Hemos comenzado una enérgica campaña para imponer el respeto a nuestro derecho, a las condiciones de trabajo del oficio de albañil que el Comité paritario ha acordado, y como éste no tiene fuerza, se burlan de él patronos sin escrúpulos, que sólo les mueve el deseo de enriquecerse a toda costa, dando de lado el derecho de los trabajadores. Ya que las autoridades permiten que se atropellen los acuerdos legales, seremos nosotros quienes con nuestra fuerza impidamos tamaño desafuero.

¡¡Compañeros!! La lucha ha empezado, y no cesaremos hasta que en el oficio de albañil los patronos respeten el derecho a que los albañiles de cada obra realicen todas las faenas propias del oficio, tanto en el interior como en el exterior de las obras.

¡¡Camaradas!! A luchar hasta el triunfo.

Madrid, 21 de agosto de 1930.

LA COMISION EJECUTIVA.

Los conflictos huelguísticos a que se refiere el manifiesto anterior han sido resueltos favorablemente a favor de las pretensiones de la organización obrera, como lo demuestran los pactos que a continuación se insertan:

«Pacto que suscriben el patrono don Francisco Pérez Díez, contratista-constructores de obras, de una parte, y de la otra la Sociedad de Albañiles El Trabajo y la Federación Local de Obreros de la Industria de la Edificación de Madrid y sus Limitrofes, para dar por terminado el litigio que existía en la obra de dicho señor, sita en la calle de Alonso Cano, número 60.

CONDICIONES

1.ª El patrono D. Francisco Pérez se compromete a cumplir todas las condiciones y costumbres de trabajo que existen con carácter general en el oficio de albañil y en los demás oficios de la edificación federados.

2.ª La Sociedad de Albañiles y la Federación Local de la Edificación se comprometen a que vuelvan al trabajo, en el momento de la firma de este pacto, todos los obreros huelguistas que le han abandonado en virtud de los acuerdos de la Federación.

3.ª Todos los obreros que durante la huelga haya tenido el Sr. Pérez ocupando los puestos de los huelguistas dejarán de trabajar a sus órdenes en la obra en el momento de firmarse este pacto.

4.ª En lo sucesivo, todas las diferencias de carácter social que se sucedan en las obras del Sr. Pérez se procurará por ambas partes arreglarlas evitando posibles conflictos.

5.ª Don Francisco Pérez abonará a los obreros de los distintos oficios que han abandonado el trabajo los jornales completos de la semana actual.

Y en prueba de conformidad, y dentro de la mayor armonía, se firma el presente pacto en Madrid, a 21 de agosto de 1930, haciéndose por triplicado.

El patrono, Francisco Pérez.—Por la Sociedad de Albañiles El Trabajo, Luis Fernández.—Por la Federación Local de la Edificación, Manuel Muñoz y J. Gómez Egido.»

«Pacto que suscriben el patrono don Francisco Morales, contratista constructor de las obras de la calle de Manuel Aleixandre (Puente de la Princesa), y de otra parte la Sociedad de Albañiles El Trabajo y la Federación Local de Obreros de la Industria de la Edificación de Madrid y sus Limitrofes, para dar por terminado el litigio que existía en las mencionadas obras.

CONDICIONES

1.^a El patrono D. Francisco Morales se compromete a cumplir todas las condiciones y costumbres de trabajo que existen con carácter general en el oficio de albañil y en los demás oficios de la edificación federados.

2.^a La Sociedad de Albañiles y la Federación Local de la Edificación se comprometen a que vuelvan al trabajo, en el momento de la firma de este pacto, todos los obreros huelguistas que lo han abandonado en virtud de los acuerdos de la Federación.

3.^a Todos los obreros que durante la huelga haya tenido el Sr. Morales ocupando los puestos de los huelguistas dejarán de trabajar a sus órdenes en la obra en el momento de firmarse este pacto.

4.^a En lo sucesivo, todas las diferencias de carácter social que se sucedan en las obras del Sr. Morales se procurará por ambas partes arreglarlas evitando posibles conflictos.

5.^a Don Francisco Morales abonará a la Federación Local de Obreros de la Industria de la Edificación la cantidad de mil pesetas, para ayuda de los gastos originados con motivo de la huelga.

Y en prueba de conformidad, y dentro de la mayor armonía, se firma el presente pacto en Madrid, a 25 de agosto de 1930, haciéndose por triplicado.

El patrono, *Francisco Morales*.—Por la Sociedad de Albañiles, *Miguel Acosta*.—Por la Federación Local de la Edificación, *Silvestre M. Jiménez y Manuel Muñoz*.

En esta campaña, como manifiesta la Comisión Ejecutiva de nuestra Federación Local, proseguiremos con todo empeño, hasta restablecer la más perfecta moral en nuestra profesión y hacer cumplir en todas sus partes cuanto se dispone en el vigente contrato de trabajo y determinan los acuerdos de la organización en relación con la vida del trabajo.

Contamos con el concurso de nuestros asociados y demás camaradas que a nuestra industria se dedican, y con el entusiasmo y la unión de todos no será difícil hacer valer el prestigio y la fuerza de nuestra organización.

A nuestros asociados les requerimos una vez más para que tan pronto conozcan de cualquier anomalía en las obras o reformas donde se encuentren trabajando lo pongan en conocimiento de la Secretaría, para que la Junta directiva pueda actuar sin pérdida de momento y corregir el mal que se denuncie, restableciendo la normalidad y la moral en nuestras condiciones de trabajo, que debemos estar dispuestos a cumplir y hacer respetar, en bien de la causa que defendemos y de los intereses de los asociados.

Las huelgas en Francia

Se vota un crédito de 300.000 francos para ayudar a los huelguistas.

París, 9. — En la sesión del Consejo municipal de Roubaix, nuestro compañero Lebas, alcalde de dicha ciudad, ha hecho votar un primer crédito de francos 300.000 para socorrer a las familias de los trabajadores en huelga.

Es consolador, y ello habla muy alto de la organización y desarrollo de nuestras ideas en la vecina República, que un Ayuntamiento, a propuesta de su alcalde, vote subsidios para los obreros que huelgan por sus justas reivindicaciones.

Otro crédito a favor de los huelguistas.

Lila, 9. — El Ayuntamiento de San Quintín ha votado 20.000 francos para distribuir bonos de leche y pan entre los huelguistas durante cuatro días. Pero una delegación comunista se apoderó de ellos y los distribuyó en un solo día.

Veinte mil francos para los huelguistas.

Lila, 13. — En una reunión extraordinaria celebrada por el Municipio de Fives se votó un crédito de 20.000 francos para socorrer a los huelguistas, y se tomaron otros varios acuerdos para socorrer a las familias de los obreros parados.

¿Interesa la política a los obreros? Contesten por nosotros esos telegramas.

La sinrazón de las guerras modernas se llama interés dinástico, nacionalidad, equilibrio europeo, honor. Este motivo último del honor es tal vez el más extravagante de todos, porque no hay en el mundo un pueblo que no esté manchado con todos los crímenes y cubierto de todas las vergüenzas. No hay uno que no haya sufrido todas las humillaciones que la fortuna puede imponer a un miserable rebaño de hombres. No obstante, si todavía subsiste un honor en los pueblos, resulta un extraño medio para sostenerlo el hacer la guerra, es decir, cometer todos los crímenes por los cuales un ciudadano se deshonra: incendio, rapiña, violación, asesinato. — ANATOLE FRANCE

La embriaguez es útil:

Para perder el tiempo, el dinero y la vergüenza. — *Sócrates*.

Para acabar con el hogar, la sociedad y la patria. — *Sudermann*.

Para que los hijos pierdan el respeto a los padres y el respeto a sí mismos. — *Carducci*.

Para buscar amigos y no fabricar sino enemigos.

Para burlarse del que no debe. — *Catón*.

Para tener desaliento en el trabajo.

Para trastornar el cuerpo, pervertir los nobles sentimientos y destruir las facultades mentales. — *Francisco I.*

Para hacer papeles ridículos y cometer toda clase de vulgaridades. — *Bismarck*.

Para pedir fiada una copa, cuando no se tiene valor para pedir para que coman sus hijos. — *Carlos V.*

Para suicidarse. — *Napoleón*.

Para buscar pleitos y hacerse golpear. *Sixto I.*

El borracho camina hacia la cárcel, el manicomio o el suicidio. — *Uruguayo*.

Máxima sindical:

El odio y el rencor son dos malas pasiones que esclavizan el alma humana y obscurecen el espíritu comprensivo de los hombres.

Los hombres que se dejan dominar por tan malas y enfermizas pasiones son inferiores a los demás seres.

Uno de los deberes principales de la organización obrera es el de combatir esas malas pasiones, que hacen difícil crear en la masa un estado de conciencia colectiva y un amplio sentimiento de solidaridad.

Y para lograr tal propósito no tenemos más camino que el de cultivar nuestro espíritu. Leer: he aquí uno de nuestros principales deberes. Leer, y comprender lo que se lee. De poco nos serviría leer si luego no sabemos asimilarnos el jugo espiritual de la lectura.

La lectura es como el trabajo, como la comida, como el descanso, como el recreo; son todas ellas funciones que, desarrolladas normalmente, rinden utilidad al organismo humano; desarrolladas irracionalmente, lo trastornan.

Los obreros y el Estado

No estaremos los obreros en el camino de nuestra emancipación mientras no comprendamos una cosa, a saber: Que el Estado es una máquina al servicio exclusivo de la burguesía. Pero veamos: ¿Qué es el Estado? El vocablo tiene muy diversas e infinitas acepciones; pero nosotros nos referimos al cuerpo político de una nación.

El Estado, cuerpo político, con sus instituciones, ejército, magistratura, clero, etcétera, no es otra cosa, dice Deville, que «el aparato gubernamental que permite mantener bajo el dominio de los poseedores a la clase desposeída, y si la burguesía consolida este instrumento de dominación, es para servirse de él de una manera legal o ilegal el día que se viera en peligro».

Así siempre resultará que cuando se trate de hacer justicia a los trabajadores se hará premiosamente, de mala gana, a regañadientes, a la fuerza, tarde, mal y nunca. Bien claro lo dicen los Tribunales industriales, por ejemplo. Admitiendo la buena fe y la honradez intachable de jueces y jurados, ¿qué pasa con estos organismos, creados por la presión obrera? Que no surten el efecto apetecido porque se amontonan demandas y más demandas, tardan años en resolverse los asuntos, y el que espera desespera y claudica en muchos casos, y en otros no demanda por conocer la odisea que le espera.

La justicia en muchos casos, pero mucho más para quien espera con el estómago vacío, ha de ser rápida, porque si no, corre peligro de volverse caricatura escarnecedora de la misma justicia.

Algo parecido ocurre: ¿cómo no? — con los Comités paritarios. Puede un patrono conculcar el contrato y las leyes sociales; puede el Comité multarle con el máximo de 100 pesetas (digo máximo, porque aunque puede poner multas mayores, aumentan mucho los obstáculos legales para cobrarlas); y el seguirá haciendo lo mismo, y con pagar 100 pesetas creará cumplidos todos sus deberes humanos y divinos, y resultará que el recibo de la multa será como un certificado de honradez en favor de ese mal patrono. Así vamos viviendo y eternizando la explotación de una clase social por otra, y los burgueses haciendo sus plácidas digestiones en las playas de moda, y el mundo dando cada día una vuelta.

Se creará, al leer esto, que quien lo escribe es enemigo de las instituciones que critica. ¿Ni mucho menos!

Lo que quiere decir a los trabajadores el que esto escribe es que vean cómo la burguesía hace la justicia para ellos. Que comprendan que esos organismos no serán más que lo que los trabajadores puedan hacerles ser. Que si la fuerza y el interés proletario suben, estos organismos se mejoran, y que si la fuerza proletaria baja, estos organismos se falsean o se mueren. Todas nuestras debi-

lidades y faltas se reflejarán en ellos como si fueran espejos.

El hecho sencillo y claro es que dos clases sociales: burgueses y trabajadores, nos encontramos frente a frente, y las armas a esgrimir por ambos bandos son de dos naturalezas: legalidad o violencia. Los que no quieren el camino legal tienen que rechazar todas estas instituciones y hacer uso de la violencia. Nosotros elegimos el camino de las reformas y llamamos la atención, lo repetimos en este mismo trabajo, sobre el valor de la fuerza. Para definir nuestro concepto de la violencia tendríamos que filosofar un poco; bástenos por hoy decir que para nosotros la violencia es algo a lo cual no se debe apelar más que en ciertos casos muy extremos en los cuales no queda otro remedio. Pero la fuerza la creemos indispensable para vencer por la razón de la fuerza lo que no es posible vencer por la fuerza de la razón. Creemos que habiendo fuerza no es necesaria la violencia. La violencia es propia de los débiles; los fuertes nunca son violentos.

El distingo entre lo legal y lo ilegal y entre la fuerza y la violencia es tan pequeño, que voy a terminar copiando un pensamiento de Gabriel Deville para que nuestros lectores se den cuenta de la posición burguesa y la que los trabajadores estamos obligados a adoptar ante tales conceptos. Dice así:

«Si el ejército permanente es, en toda su brutalidad, la organización de la fuerza, a la que no vacilan jamás en dirigirse los apoderados de la clase propietaria en peligro, la legalidad es tan sólo la fuerza sistemática coordinada en sentencias. Entre el empleo de la fuerza bruta y el de la fuerza metódica no media más que una simple cuestión de forma; el resultado es el mismo.

Que a uno le golpeen bárbaramente o con todas las reglas del pugilato, no por eso quedará menos maltratado. La ley no es otra cosa que la consagración de la fuerza encargada de mantener intactos los privilegios de la clase vencedora; y sólo oponiendo victoriosamente la fuerza a la fuerza y, por consecuencia, destruyendo esa forma de la fuerza que es la legalidad, puede llegar a su emancipación una clase inferior. Si nuestro fin, la socialización de las fuerzas productivas, es una necesidad económica, nuestro auxiliar, la fuerza, es una necesidad histórica.»

No esperéis nada de la justicia burguesa sino en aquellos casos en que ella esté eficazmente intervenida y vigilada por vosotros.

Feliciano MARTIN

EFEMÉRIDES

SEPTIEMBRE

1814. — Fusilamiento de liberales en Pamplona.
1867. — Celébrase en Losana el segundo Congreso de la Internacional.
1669. — Muere Villegas, poeta castellano.
1848. — Fusilamiento en El Ferrol del liberal Figueras.
1897. — Congreso internacional de Geología en Petersburgo.
1754. — Nace Lafayette, liberal francés.
1474. — Muere Ariosto, poeta italiano.
1833. — Muere Ana Moore, escritora inglesa.
1594. — Descubrimiento de la isla de Tristán de Acuña.
1911. — Huelgas generales en Asturias, Vizcaya y Málaga.
1609. — Expulsión de los moriscos de España.
1521. — Descubrimiento de las islas Marianas.
1911. — Ejecución del ministro Stolypine por los revolucionarios rusos.
1769. — Nace Alejandro de Humboldt, sabio alemán.
1821. — Independencia de la América Central.
1787. — Nace Cornelius, pintor alemán.
1862. — Muere Aribau, literato español.
1611. — Descubrimiento de Australia.
1886. — Villacampa se subleva por la República.
1824. — Fusilamiento de ocho liberales en Cartagena.
1911. — Huelga general en España.
1900. — Congreso internacional de metalúrgicos en Francia.
1835. — Muere Bellini, músico italiano.
1559. — Auto de fe en Sevilla.
1823. — Muere Llorente, historiador de la Inquisición.
1506. — Muere Mantegna, pintor italiano.
1660. — Muere Vicente de Paúl, filántropo francés.
1868. — Revolución antidinástica en España.
1813. — Muere Grétry, músico belga.
1867. — Muere Baudelaire, poeta francés.

Lecturas escogidas

Últimas impresiones del condenado a muerte.

El condenado, llamado Legras, era un hombre inteligente, intrépido, y se hallaba en todo el vigor de la edad. Pues bien: en el momento de subir las gradas del patíbulo estaba más blanco que el papel y lloraba como un niño. ¿No es esto espantoso? ¿Quién es el que llora de miedo? Creía que el terror no podía arrancar lágrimas más que a los niños; pero a un adulto, a un hombre de cuarenta y cinco años, que no había llorado jamás, me parecía imposible. ¿Qué pasaría en su alma durante aquel minuto? ¿Qué angustias no le invadirían? Aquello era ni más ni menos que un atentado cometido contra su alma. ¡El Evangelio dice: «No matarás», y porque un hombre ha matado, le matan también! Eso no debiera ser permitido. Hace más de un mes que asistí a semejante espectáculo, y aún no he conseguido apartarlo de mi imaginación. ¡He soñado con él cinco veces!

Pero yo pensaba, mientras asistía a aquella ejecución, que tal vez la misma rapidez de la muerte hacía más cruel. Acaso le parezca a usted ridícula o absurda esta reflexión; pero semejante idea cruza por nuestra mente, a nuestro pesar, en tales momentos. Imagínese usted, por ejemplo, un hombre puesto en el tormento: tiene el cuerpo lleno de heridas, y, por consiguiente, los dolores físicos le distraen de los sufrimientos morales, de suerte que hasta que muere las heridas son su único suplicio. Ahora bien, la principal, la más insostenible tortura, no es por ventura la ocasionada, no por las heridas, sino por la convicción de que al cabo de una hora, de pocos minutos quizá, de un instante acaso, el alma se separará del cuerpo? ¿Cuán horrible es esta certidumbre! ¿Qué terribles deben de ser para el reo los escasos segundos que, tendido sobre el fatal tablero, espera la caída de la cuchilla justiciera! Tan convencido estoy de que no puede existir tormento mayor, que le voy a decir francamente mi parecer sobre el particular: no hay proporción entre la pena de muerte y el delito que ésta pretende castigar, porque aquella es infinitamente más atroz que el homicidio o el crimen perpetrado. El que es asesinado por los malhechores, el que es acerbado a puñaladas de noche, en el campo o en cualquier otro lugar y cualquiera que sea la forma de la agresión, conserva hasta el último momento la esperanza de salvar la vida. Se han visto muchas personas que, con la garganta atravesada por el puñal, casi degolladas, esperaban aún, suplicaban, huían. Pero en la ejecución de los reos quitan este último resto de esperanza, que hace diez veces menos dolorosa la muerte, lo extinguen radicalmente; existe una sentencia, y la certidumbre de que no es posible sustraerse a ella constituye por sí misma un suplicio tan horroroso, que no puede ser comparado con el más cruel que el corazón más perverso alcanzara a imaginar. Póngase a un soldado durante una batalla frente a un cañón que vomite fuego y metralla, y este soldado no se conmovirá, permanecerá impassible en su puesto; pero si oye la lectura de la sentencia que le condena a muerte, tiembla, se retuerce de miedo, ¡llora! ¿Quién ha dicho que la naturaleza humana podía soportar esa tortura sin perder el seso? ¿Para qué esta inútil crueldad? El mismo Jesucristo ha hablado de este espantoso suplicio. ¿No, no es lícito someter a él a los seres humanos?

Mas prefiero hablar de otro hombre a quien conocí el año pasado. En su vida hay una circunstancia muy extraña, sumamente extraña, porque se produce muy raras veces.

Este hombre había sido conducido a la plaza de armas, donde le leyeron la sentencia de muerte; debía ser fusilado por delitos políticos. Veinte minutos después llegaba el indulto, conmutándose la pena. Pero entre la lectura de la sentencia y la gracia que rebajaba la pena un grado habían transcurrido veinte minutos, o por lo menos un cuarto de hora, y durante este intervalo el desdichado creyó firmemente que moriría al cabo de pocos instantes. Yo ardía en deseos de saber cuáles habían sido sus impresiones, y más de una vez le interrogué sobre el particular. Las recordaba con una precisión extraordinaria, y aseguraba que jamás podría olvidar nada de lo que experimentó en aquellos terribles momentos. A veinte pasos del patíbulo, que rodeaban los soldados y el pueblo, alzaban tres postes, porque eran varios los condenados. Ataron los tres primeros a los postes, después de haberles hecho el tocado de rigor y de vendarles los ojos para que no viesen los fusiles. Seguidamente formó ante aquellos desgraciados el piquete que había de ejecutar la sentencia. El hombre de quien hablo figuraba en el octavo lugar de la lista de los condenados; por lo tanto, debía ser ajusticiado en la tercera serie. Un sacerdote, llevando un crucifijo en la mano, se acercó sucesivamente a cada uno de los tres reos que estaban sujetos a los postes. Les quedaban cinco minutos de vida todo lo más. Decía mi amigo que estos cinco minutos habían representado para él una eternidad; parecía que contenían tantas vidas, que hubiera juzgado inútil pensar en el último momento. Había dividido el tiempo de la siguiente forma: dos minutos para despedirse de sus compañeros; otros dos para recogerse a sí mismo y uno para lanzar la última mirada en su derredor. Recordaba perfectamente haber tomado estas disposiciones supremas. Despidiéndose de sus amigos, recordaba que había dirigido a uno de ellos una pregunta bastante indiferente, y que había escuchado la respuesta con vivo interés. Terminados los adioses, llegaron los dos minutos que había decidido consagrar al recogimiento; sabía de antemano lo que había de pensar, cuál sería el objeto de sus meditaciones: «Ahora vivo; pero dentro de tres minutos ¿dónde estaré, qué será de mí? Tales eran

las cuestiones que se proponía resolver en aquel intervalo de tiempo! No lejos de allí había una iglesia, cuya cúpula dorada resplandecía a los rayos del sol. Se acordaba mi amigo de haber tenido obstinadamente fija la mirada en aquella cúpula y en los rayos que reflejaba; no podía apartar los ojos de ella; parecía que aquellos rayos fuesen su nueva naturaleza, que al cabo de tres minutos se confundiría con ellos... La incertidumbre, el horror a lo ignoto, que sentía tan próximo, era sin duda espantoso; sin embargo—decía—nada le atormentaba tanto como este pensamiento: «¿Y si no muriese? ¿Y si me hiciesen gracia de la vida? ¿Qué eternidad! Todo esto sería mío. ¡Oh, entonces cada minuto sería para mí una existencia nueva; no perdería ni uno, contaría todos los instantes de mi vida para no malgastar ninguno!...» Finalmente, la obsesión de esta idea le despertó de tal modo, que hubiera querido ser fusilado antes de que le llegase el turno.

En el momento en que el condenado está a punto de ser tendido sobre la báscula... El que yo vi paseó su mirada por la plaza; yo le miré y leí en su rostro lo que por el desventurado pasaba.

Supongo que también él se figuraría que le quedaba mucho tiempo de vida. Quizá diríase para sí durante el trayecto «Tengo de vida lo que tardemos en recorrer tres calles, o sea un buen rato... Cuando lleguemos al extremo de esta calle, entraremos en otra y después en otra, en la que hay un horno a la derecha... Todavía emplearemos algún tiempo en llegar al horno.»

En derredor del carro se apiñaba una turba numerosa; diez mil cabezas con veinte mil ojos que lo contemplaban... Es preciso sufrir todo esto y especialmente este pensamiento: «Hay aquí diez mil personas, y sin embargo no cortarán más que una cabeza, y esa ha de ser la mía. ¡Yo sólo he de morir!...»

Una escalera da acceso a la guillotina, que se levanta sobre un tablado. Al poner el pie en el primer tramo de esa escalera el reo, a pesar de ser un hombre fuerte y de un carácter enérgico, no puede contener las lágrimas, lágrimas que a nadie enternecen, porque quien las vierte ha sido un empedernido criminal. El sacerdote, que no se ha separado de él desde que montó en la carreta, le sigue exhortando a que tenga resignación. Me parece que el desdichado no le oye, aunque le escucha con atención. Finalmente comienza a subir la escalera fatal; las cuerdas que le sujetan los pies le impiden ganar el tablado con rapidez. El sacerdote, hombre inteligente, sin duda, cesa en sus exhortaciones y se limita a ponerle en los labios el crucifijo.

Al pie de la escalera el reo estaba ya palidísimo; ahora tiene ya el rostro más blanco que el papel. Indudablemente se le doblan las piernas, tiene oprimido el corazón, le parece sentir que un dogal le aprieta la garganta; la sangre, helada, se le paraliza en las venas... Es un fenómeno que produce el terror. En aquellos momentos terribles la razón subsiste toda entera, pero no ejerce ya su imperio. Si, por ejemplo, vemos que nuestra perdición es inevitable, si sentimos trepidar una casa que ha de derrumbarse sobre nosotros, experimentamos un deseo irresistible de sentarnos, cerrar los ojos y esperar lo que Dios quiera.

Viéndole en semejante estado de debilidad, el sacerdote, silenciosamente y con gesto rápido, vuelve a acercarle el crucifijo a los labios.

El reo lo besa con avidez y con la precipitación del hombre que en el momento de partir para un largo viaje teme olvidar algún objeto que luego ha de echar de menos. ¡Pero quién sabe cuán ajeno está de toda idea religiosa! Por fin le atan a la báscula.

Es extraño que en momentos tan horribles no se produzcan los síncope sino muy raras veces. Por el contrario, la cabeza conserva una vida intensísima, y trabaja sin duda con fuerza inusitada, como locomotora sin freno. Supongo que toda clase de ideas se entrecruzan en el cerebro; ideas confusas y ridículas, tal vez ajenas a la situación, como, por ejemplo, la siguiente: «¿Qué chichón tan enorme tiene aquel espectador en la frente! Los botones del traje del verdugo están mohosos...» Sin embargo, tiene conciencia de lo que pasa en su derredor. Aun en el instante en que, pasada la cabeza por la media luna, comienza a caer la cuchilla, sabe. De improviso siente la fría hoja que le cercena... Porque sin duda la siente y la oye... Si yo estuviese sobre el tablado, aguzaría el oído y percibiría ese sonido... Quizá no llega su duración a la décima parte de segundo; pero la percibiría.

Fedor DOSTOIEVSKI

Los habitantes del planeta terrestre hállese todavía en un estado tal de ininteligencia, de estupidez, que en los periódicos de los países más civilizados se ven referidos sencillamente y sin discusión, como una cosa naturalísima, los acuerdos diplomáticos que los jefes de Estado hacen unos con otros, las alianzas contra un supuesto enemigo, los preparativos de guerra. Los pueblos ellos como de un rebaño, y que les conducen al matadero, sin sospechar siquiera que la vida de cada individuo es una propiedad personal... Los habitantes de este singular planeta han sido educados en la idea de que hay naciones, fronteras, banderas. Tan débil sentimiento tienen de la Humanidad, que este sentimiento desaparece enteramente en cada pueblo ante el de la patria. Muy cierto es que si los espíritus que piensan quisieran entenderse, cambiaría esta situación, porque individualmente nadie desea la guerra... Y hay, además, engranajes políticos que hacen vivir toda una legión de parásitos. — CAMILO FLAMMARION

Canto al Trabajo

A mis hermanos los trabajadores

Lema: El Dios Hermoso.

El Dios Hermoso de la Edad Futura será el Trabajo, compañeros míos; El con su recia y brava envergadura rasgará la falsaria vestidura de otros dioses creados por «impíos».

El Dios Trabajo nos dará el aliento que otro Dios poderoso dar no pudo; el Dios Trabajo saciará al hambriento, el Dios Trabajo saciará al sediento y el Dios Trabajo vestirá al desnudo.

¿Preguntáis por qué ya no ha evitado en sus hijos tan trágicos estragos? ¡Ah! ¿No sabéis que está crucificado, que a la cruz de la infamia le ha clavado un mundo de perversos y de vagos?

¿No sabéis que las máquinas creadas por el Trabajo, para que sus hijos acortaran las trágicas jornadas, son mal distribuidas y empleadas, y en vez de bendición son crucifijos?

¿Acaso no sabéis que el «indolente», el VAGO de «familia acomodada» lleva una vida cómoda y riente,

y en cambio el hombre de sudosa frente produce TODO y no disfruta NADA?

Si lo sabéis, pues veis el trato vil que reciben los pobres. Sin consuelo de vivir más holgado, el albañil con los suyos se hacina en un cubil, cuando fabrica tanto rascacielos...

Veis al bravo minero, resignado a jugarse la vida en ocasiones por un jornal estúpido y menguado, y aún le dicen que pide demasiado, cuando sólo derrocha privaciones!

¿Y el campesino? Con la noble frente sudosa siempre, veis qué vida lleva, ¿a pesar de lanzar él la simiente, ni pan le sobra, que en el siglo veinte aún sigue siendo siervo de la gleba!

¿Y el obrero marino, el abnegado que se lanza a alta mar a toda vela a extraer con sus redes el pescado, mientras el mar furioso juega airado con el milagro de su barquichuela?...

¿Y para qué seguir? ¿Habrá tanto que hablar del trato rudo y afrentoso con que el capitalismo da quebranto al hijo del Trabajo, del Dios santo, justo, bueno, fecundo y poderoso!...

Si, poderoso, sí. Ved la aeronave que tiene dimensiones de palacio, cómo surca los aires rauda y grave y no encuentra a su paso ningún ave que la aventaje a andar por el espacio.

Mirad el avión de alas pesadas escalador de alturas superiores; las águilas, al verse superadas, huyen asustadizas y asombradas ante el ruido viril de sus motores.

Ved, ved surcando el mar esos gigantes transatlánticos grandes y pesados llamados con verdad «pueblos flotantes», contra los que las olas asaltantes se deshacen, lavando sus costados.

Mirad también uniendo continentes las antenas de cuerpos vibradores, que recogen las voces de las gentes sin ver si son esclavas o pudientes, sin distinguir de razas ni colores.

Ved también cómo el monte desentraña la potente y viril perforadora; hace junto a cien hombres, cuando araña con sus uñas de acero la montaña, más que ellos en un mes, en una hora.

«¡Oh!—me diréis—. Son tales adelantos los que arrebatan la cordial conquista del pan a los obreros.» Los quebrantos no los dan los inventos sacrosantos, sino el ave voraz capitalista.

Son los que ganan oro a mano llena, quienes al mundo actual prostituyeron dándole corazón y alma de hiena, al hacer de las máquinas cadena para las propias manos que la hicieron.

Son los que hacia «los pobres», los «de [abajos]

una aversión sin límites denotan; mas dejad que lo exploten en su tajo, que la máquina es hija del Trabajo e irá contra los vagos que la explotan.

Y en el mañana próximo y riente que de lejos envía sus saludos, la máquina empleada honradamente extirpará por siempre entre la gente jornadas largas y trabajos rudos.

Las gentes buenas vivirán dichosas, las gentes malas morirán de tedio, y las generaciones animosas transformarán las causas y las cosas de este mundo que muere sin remedio.

Mundo voraz, engullidor de seres, que hizo beber al pueblo mil cicutas, que explotó sin piedad a las mujeres e hizo una sociedad de mercaderes y de ladrones y de prostitutas.

Se merece la muerte, y ya la tiene; ¿no le veis que vacila, que agoniza, pese a la odiosa grey que le sostiene, y a que esa grey en casos se rellene con muchos de los siervos que esclaviza?

Morirá, rodará por las arenas en estertor agónico y rotundo, y entonces, libre ya de las cadenas que quietaban la sangre de sus venas, el Dios Trabajo reinará en el mundo.

¡El Dios Trabajo! Dios omnipotente, que se halla de verdad en todas partes: en el pincel y en el crisol candente, pues si es trabajo construir un puente, trabajo son también las Bellas Artes.

Si Romero de Torres era artista por su magia mezclando los colores, ¿qué son los jardineros que a la vista nos muestran emotiva la conquista de la belleza combinando flores?

Y si los jardineros son obreros porque ponen su afán en un trabajo, decídmelo francamente, compañeros, si los Goyas, Zuloagas o Romeros serán algo más alto ni más bajo.

No; músicos, poetas, escultores, pintores, arquitectos e ingenieros, para honra suya son TRABAJADORES que a la belleza arrancan resplandores como chispas al hierro los herreros.

Son hijos del Trabajo, y el rigor del mundo actual tampoco los respeta: igual que compra el brazo al labrador, para que el Arte sea adulator compra el pincel, la pluma y la paleta.

Hermanos nuestros son en la desgracia y nos llega la misma de igual parte; mas cuando nos unamos, con audacia fundaremos la «nueva aristocracia» por bien del mundo y dignidad del Arte.

Aristocracia bella y creadora, de sangre roja, brava, proletaria, que abolirá la estirpe explotadora y hará resplandecer la nueva aurora en que no exista ni el señor ni el paria.

En que no exista el vago petulante, ni la pobre ramera que se vende, ni la opulencia necia e insultante, ni la limosna triste y humillante que en este mundo por virtud se entiende.

Si, sí; cercenará de un solo tajo la injusticia y el mal, alta la frente, la bella aristocracia del Trabajo, que aunque con tono quedo, suave y bajo, ya palpita con fuerza en el ambiente.

Por eso grito con ingentes bríos, presintiendo la próxima estructura de un mundo sin injustos desvarios: ¡Será el Trabajo, compañeros míos, el Dios Hermoso de la Edad Futura!

Pedro PINTO POMEDA

Puente de Vallecas (Madrid).

Observaciones y reparos

Benavente, sociólogo

Hemos asistido a la representación de la última producción escénica del inmenso Benavente, «Alfilerazos», obra de la que ya nos hablará nuestro sabio corresponsario Ovejero, si a bien lo tiene, en uno de los magníficos folletines con que engalana las columnas de «El Socialista».

No nos incumbe, pues, hacer la crítica de la mentada obra, ni estamos capacitados para tan alta empresa. Séanos permitido, sin embargo, objetar la incongruencia manifiesta que el más iletrado puede observar entre la tesis sustentada en «Alfilerazos», de implacable flagelación del actual sistema de explotación, y los conceptos que el glorioso autor de «Los intereses creados» hace pronunciar al personaje central, Remigio, insuperable creación de Borrás, al final del tercer acto.

La comedia en sí, digámoslo rotundamente, es de corte irrepachable, benaventina, y parece ser que las brisas de América hanle abierto a D. Jacinto nuevos horizontes espirituales en que desarrollar su portentoso ingenio, para bien de las letras hispanas; mas se observa que en su nueva tendencia — teatro social muy de nuestra época —, o no está plenamente convencido de la magnitud de la cuestión social, o, a sabiendas de que comete una injusticia, para halagar a la galería de su bando — los lobos reaccionarios disfrazados con piel de oveja —, pone en boca de Remigio unas palabras que constituyen un resabido tópico, hartamente descreditado en fuerza de usarlo, y que son impropias de un dramaturgo del fuste de Benavente.

Porque decir que los «directores» de los obreros tienen recelo y temen perder su plataforma (?), y que por eso estimulan el prejuicio y la enemiga de los trabajadores hacia los hombres de buena voluntad y de corazón que quieren darles la mano, es injusto e inexacto, y para probar a D. Jacinto la equivocación que padece basta le invitamos a que estudie reservadamente la obra cultural y de consolidación económica que lleva a cabo el movimiento obrero de Madrid y el que en España se inspira en el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, y verá cómo, lejos de ser lo que él supone, los «directores» del proletariado, que son discípulos de Iglesias, propugnan por el encuadramiento con los obreros de los elementos intelectuales y de valía que desinteresadamente quieren sumar su esfuerzo a la obra de la emancipación proletaria y humana. Y para que sus dudas a este respecto queden disipadas totalmente, medite y reflexione acerca de la significación que tiene el legado que hizo aquel filántropo que se llamó Cesáreo del Cerro, donando un millón de pesetas a los obreros organizados en la Casa del Pueblo de Madrid con destino a escuelas, lo que demuestra que el corazón de Del Cerro creía lo contrario de lo que el Sr. Benavente hace pensar a su Remigio, es decir, que los «directores» de los obreros son dignos de serlo, pues cuando dejan de reunir tal condición son eliminados, como el Sr. Benavente puede comprobar que se está haciendo en estos momentos con el ex presidente del Arte Rodado. Pero obsérvese bien que el Sr. Benavente se ha decidido a escribir una comedia de la factura de «Alfilerazos», no cuando el Socialismo y la cuestión social eran tratados como un problema de policía, no, sino cuando el Laborismo ha gobernado y gobernará en Inglaterra, cuando en Rusia se consolida la República Socialista, cuando en Francia no pueden gobernar sin la aquiescencia del Partido Socialista, cuando en Méjico gobierna el proletariado; cuando en Dinamarca nuestros correligionarios, desde el Poder, proyectan el desarme, dejando reducidas las

fuerzas de mar y tierra a su más mínima expresión; cuando, en suma, el Socialismo dice con signos inequívocos que ha llegado su hora... ¡Ah!, entonces es cuando a nuestro primer dramaturgo se le ocurre escribir una obra de carácter social, pero con el ropaje del sectarismo, lo que pone de manifiesto que nuestros más conspicuos escritores tienen formado concepto bien mezquino de las luchas y aspiraciones proletarias, las que sólo conocen muy superficialmente por las referencias interesadas que de las mismas da esa alcahueta que se llama prensa burguesa.

Juan FERNANDEZ-ANCHUELA COLLADO

Madrid, 1926.

Medallón

ANVERSO

Hace unos días se pidió auxilio urgentemente al Cuerpo de Bomberos madrileño para sofocar un incendio en el Puente de Vallecas — ya que el Ayuntamiento carece de este servicio —, y contestaron que no podían salir de Madrid.

También cuando los recientes temporales de tormentas se solicitó vinieran a desaguar unas modestas viviendas inundadas del camino de Valderribas. La respuesta fué idéntica.

REVERSO

En el kilómetro 43 de la carretera de Aragón, término municipal de Meco, se declaró un violentísimo incendio ayer tarde en una era del conde de Romanones.

Se pidió el envío del servicio de Incendios, e inmediatamente salió para el lugar del suceso un parque, al mando del jefe de zona señor Pingarrón. (De los periódicos.) Va sin comentarios. ¿Para qué? Hágalos cada uno según la honradez de su conciencia.

(De «El Socialista».)

Nota histórica

La batalla de Alcolea

Iniciada la revolución antidinástica en Cádiz el 18 de septiembre de 1868 por la marina, y sublevadas en su favor las fuerzas de algunas poblaciones andaluzas, triunfó por completo el movimiento en aquella región. Los partidarios de Isabel II, para impedir la propagación del movimiento al resto de España, organizaron en Madrid un ejército, compuesto por 9.000 soldados de infantería, 1.300 caballos y 32 cañones, que al mando del general Pavía marchó hacia Andalucía, acampando cerca de Andújar.

Los revolucionarios, por su parte, habían concentrado sus fuerzas en Córdoba, acudidas por el general Serrano, duque de la Torre, en número algo inferior al de sus adversarios, pero ocupando mejores posiciones. Fracasados los intentos del duque para que se le dejara libre el paso hacia Madrid, vióse en la precisión de entablar combate con las fuerzas isabelinas.

La batalla se efectuó el día 28 en las cercanías de un puente sobre el Guadalquivir, cerca de Alcolea, defendido por el general Caballero de Rodas, a quien atacó el general Lacy con las tropas monárquicas. Los ataques del general isabelino Novales, que intervino en la acción para tomar el puente, fueron infructuosos, resultando herido de un casco de granada. En el combate hubo unas 1.800 bajas.

Al llegar la noche, ordenóse la retirada de las tropas realistas hacia El Carpio. Al día siguiente, las fuerzas del duque de la Torre emprendieron el camino de Madrid sin encontrar obstáculo en el camino.

Conocida la derrota en San Sebastián, donde veraneaba Isabel II, así como la sublevación de las provincias, la reina salvó la frontera el día 30, dirigiéndose a Francia.

Así triunfó la llamada revolución de septiembre, y el 18 de octubre se formó un Gobierno provisional, presidido por el general Serrano, y en el que figuraban Prim, Topete, Sagasta, Ruiz Zorrilla, Figuerola, Romero Ortiz, Lorenzana y López de Ayala. El 11 de febrero de 1869 se reunieron las Cortes Constituyentes, en las que, después de largas y empeñadas discusiones, se acordó establecer una monarquía democrática, para la cual fué elegido Amadeo de Saboya en 16 de noviembre del mismo año.

El proletariado debe obrar y combatir como societario, como ciudadano y como cooperador. Cooperación, Socialismo y Sindicalismo son tres fuerzas distintas y autónomas, pero solidarias.

La disminución de una hace disminuir a las otras; la exaltación de una exalta a las demás, y cada una de ellas perecerá si tuviese una pretensión de exclusivismo. Recogiendo la fórmula de Jouhaux, yo diré: «Cada una de estas tres fuerzas se basta a sí misma, pero únicamente juntas serán suficientes para todos.» — JUAN JAURES

Lección amarga

Estadística fúnebre

El diario socialista alemán «Vorwaerts» ha publicado las cifras siguientes, con motivo del décimosexto aniversario de la guerra:

«Durante la guerra cayeron 1.808.545 soldados alemanes, 14.000 negros del ejército colonial alemán y 10 millones de soldados de otras nacionalidades; 900.000 soldados alemanes reposan en los cementerios de 26 países. En 1929 se contaban todavía 200.000 soldados desaparecidos; 9.586.000 caballos muertos; 4.247.143 alemanes fueron heridos; 18 millones de otras naciones lo fueron también. En Alemania, 800.000 víctimas de la guerra cobran todavía pensiones del Estado.»

Si con esta lección el mundo no ha aprendido a odiar la guerra, decididamente no superamos en mucho a los abejorros, quienes, según experiencias científicas, olvidan al instante toda impresión.

Y lo más triste es que el mundo sigue por las mismas sendas que conducen a los cataclismos que lamentamos. Discursos patrióticos-revanchistas en Alemania por Hitler; por Poincaré, en Francia; buques de guerra construidos últimamente... todo como antes del año 14.

Solamente los obreros organizados se oponen abiertamente a la guerra. Por eso el verdadero pacifista — venga de la clase que venga — ha de unirse a la masa trabajadora si quiere aportar su óbolo a la causa de la paz. Porque el capitalismo es consubstancial con la guerra

Cuentecito

Eran Ramón y Facundo dos curas a los que unía un afecto muy profundo, y el primero cierto día se fué a casa del segundo.

Tenía Facundo una ama, y como solo una cama tenía en la habitación, el presbítero Ramón comenzó a sentir «escama».

Y sin ver que era imprudente su inquisitorial anhelo, dijo socarronamente:

—¿Quién es aquí el penitente que duerme en el santo suelo?

Alvaro ORTIZ

Pablo Iglesias: Su vida íntima

Fragmentos del libro que con el título que encabeza estas líneas publicó el editor Morata, debido a la pluma de Juan A. Melá, y que figura en el Servicio gratuito de libros circulantes o lectura domiciliar para los asociados a cualquiera de las entidades domiciliadas en la Casa del Pueblo de Madrid, que con éxito rotundo inauguró la Biblioteca de la misma, en 1 de agosto último. Camaradas, utilidad dicho servicio — todos los días laborables, de cuatro de la tarde a diez de la noche — en bien de vuestra cultura y recreo espiritual! — J. F. A. C.

Moralidad.

Hombre libre de prejuicios y en posesión de un elevado concepto del deber, no transigía con los hipócritas que hacían pública ostentación de ideas de moralidad y en su conducta privada eran inmorales. De él puede decirse que su moralidad íntima era equivalente a su moralidad pública.

Había llegado a establecer el principio de que el hombre inmoral en su actuación pública debía necesariamente de serlo también en su vida privada, y viceversa. Se es o no moral con todas sus consecuencias.

Así, se le podía oír decir cuando se hablaba de un individuo al que se atribuían actos reprobables en política:

«Si no puede ser de otro modo: es juerguista, mujeriego, jugador...»

Y a la inversa, si le referían de otro que tenía queridas y dejaba en abandono a su esposa e hijos:

«Es natural; el hombre que utiliza la política para hacer dinero tiene que ser un desalmado en su casa.»

Recuerdo la indignación con que una vez me contaba su encuentro en el tren con un personaje de la política, uno de tantos ex subsecretarios de ministerio:

«El muy fresco me dijo con la mayor naturalidad que iba a Málaga para asistir a una corrida de toros. Utilizar el carnet de diputado para ir a una corrida! Si fuera eso lo único malo que hiciera... le repuse.

Delegado a varios Congresos internacionales, visitó durante su vida algunas ciudades europeas. Sin embargo, no conocía de ellas más que los itinerarios de la estación a la fonda y de ésta al local de las reuniones.

Terminado un Congreso, volvía a España en el primer tren, a fin de no devengar más dietas que las estrictamente indispensables.

Durante sus viajes de propaganda por provincias quedaban un par de compañe-

ros encargados de redactar el semanario del Partido.

En tales casos, siempre imponía la condición de que los seis o siete duros semanales que a él le estaban asignados como director se los repartiesen ellos, puesto que su viaje y manutención estaban garantizados por las entidades organizadoras de la propaganda.

En casa.

La bondad de su alma; el respeto a la personalidad humana que sentía; la idea, siempre presente en él, de que el prójimo, por humilde que sea, quiere verse tratado con las mismas consideraciones que deseamos se nos guarden a nosotros mismos, hicieron que Iglesias, que seguramente no estudió ningún tratado de urbanidad, fuese hombre de una educación exquisita.

Llevaba en la sangre la educación, es decir, el respeto al prójimo. Otros, en cambio, necesitan estudiar insistentemente los preceptos urbanos, y al fin consiguen solamente aprender a practicarlos con sus iguales o superiores y los olvidan cuando tratan con los infelices a quienes consideran inferiores.

Iglesias no consideraba a nadie inferior a él. Millares y millares de testigos de esto hay repartidos por España. Obreros humildísimos, rústicos agricultores, seres a quienes todos tratan con desdén y hasta con violencia, pueden acreditar todavía que jamás el abuelo rehusó responder a sus palabras, ni atender a sus consultas, ni cumplir sus encargos; nunca se impacientó, por muchas que fuesen las impertinencias con que ingenuamente acudían a él en ocasiones.

Esta virtud se manifestaba en casa lo mismo que fuera de ella. Cuando pudimos tener criada tenía un cuidado especial en no ocasionar a ésta molestias excesivas. El mismo se cepillaba la ropa, y jamás solicitaba un servicio de la doméstica sin preceder la petición con el consabido «Hágame el favor de...». No olvidaba a nadie en sus cartas cuando se hallaba fuera de Madrid, enviando en ellas recuerdos para las muchachas del servicio, para la portera, etc.

Las despachaderas.

Seguro de sí mismo, seguro de cuáles eran sus deberes, no era hombre que disfracase con evasivas una respuesta negativa cuando se solicitaba de él cualquier cosa que consideraba inconveniente. Replicaba con toda franqueza: «Yo no puedo hacer eso.»

Tenía sus despachaderas.

Aún recuerdo una breves palabras suyas que dejaron un poco anonadado a cierto sujeto — digo un poco porque es un individuo difícil de anonadar —. Trábase de un ex compañero — hoy, por fortuna, es «ex» — en cuya lealtad casi nadie creyó nunca entre nosotros y que, dotado de especiales cualidades jesuíticas, llegó a ocupar puestos dentro del Partido.

Refería Iglesias incidentes de la sesión parlamentaria, y citando a un diputado, de medianeja reputación, que le había atacado en un discurso, dijo:

«Me vió después en los pasillos y vino a mí, como si tal cosa, a darme la mano.»

Entonces fué cuando nuestro personalísimo tuvo la inspiración de poner en un brete al abuelo, diciendo: «Y... ¿se la dió usted?» Y el abuelo, mirándole como si se lo supiera de memoria, como se lo sabía, repuso sin pérdida de un segundo: «¡Hombre...! Se la di como se la doy a tantos, como se la doy a usted...»

(Concluirá.)

Los trasiegos de un obispo

El obispo checoslovaco Charles Muzena llegó a Nueva York hace unos años con el fin de ejercer la sagrada misión de su apostolado. Como es sabido, en Estados Unidos rige la ley «seca», y siendo necesario el vino para celebrar el sacrificio de la misa, transubstanciándolo en sangre de Cristo, era natural que lo pidiera fuera. Así lo hizo. Mas eran tantas y tan considerables las cantidades de exquisito vino que el buen obispo importaba, que salieron de ojo a los vigilantes del cumplimiento de la ley antedicha y se dieron a las oportunas investigaciones, dando por esclarecido «que las partidas de vino que recibía las entregaba a los contrabandistas de bebidas alcohólicas, obteniendo un dólar de ganancia por cada galón, y que los ingresos anuales por esta infracción legal excedían de 40.000 dólares».

El vino estaba sin consagrar, y el obispo le ha dado un valor insospechado. Consagrado, no habría dólares para mercarlo. Si Judas levantara la cabeza se cubriría de vergüenza ante la poquedad de sus exigencias.

Por lo demás, no se apure el castizo prelado, porque sus cofrades comercian, no sólo con el vino, si que también con el agua, con los óleos, con la vida, con la muerte, con las conciencias, con todo.

(De «El Socialista».)

Comité paritario interlo- cal de la Industria de la Albañilería

Acuerdos de carácter general que deben considerarse adicionales al contrato de trabajo:

PROPORCIONALIDAD DE OFI- CIALES

En virtud del acuerdo tomado por el Comité paritario interloca de la Industria de la Albañilería de Madrid en sesión de 27 de diciembre de 1928 y aprobado por el ministerio de Trabajo y Previsión, por real orden de 19 de febrero de 1929, el 25 por 100 como mínimo de las cuadrillas que haya en las obras será de oficiales.

(25 marzo 1929.)

CALEROS Y GUARDAS

Los caleros y guardas de las obras se equiparan a los peones de mano, a los efectos de fijación de jornal mínimo.

(23 mayo 1929.)

BOLETIN DE DESPIDO

A partir del 15 de agosto de 1929 se establece con carácter general y obligatorio el «Boletín de despido», documento compuesto de dos partes, una de las cuales habrá de entregar el patrono al obrero, fechada y firmada, en el momento del despido, quedando la otra, con el enterado del obrero, en poder del patrono que efectúe el despido.

(27 junio 1929.)

FORMA DE CONTAR LAS SEIS SEMANAS DE ACTUACION CON UN PATRONO

A los efectos de regular derechos en caso de tenerlos a semana de aviso para el despido, el obrero que empiece a trabajar con su patrono en lunes, martes o miércoles llevará seis semanas de labor al cobrar el sexto sábado, y los que comiencen en jueves, viernes o sábado no tendrán las seis semanas de trabajo hasta que hayan figurado en las nóminas de siete sábados.

(27 junio 1929.)

RETRASO AL ENTRAR AL TRABAJO

Cuando un obrero llegue retrasado al trabajo, no siendo habitualmente, perderá la primera hora de la jornada de la mañana o de la tarde, o las dos primeras si el retraso excediera de una hora, y así sucesivamente; pero se le permitirá trabajar las horas restantes.

(31 julio 1929.)

PARA EL CASO DE TERMINACION DE OBRA

Aun en los casos de terminación total de obra, procede que el patrono avise a sus obreros el despido con una semana de anticipación, en el supuesto de que por llevar más de seis semanas trabajando con dicho patrono tuvieran derecho al preaviso.

(27 febrero 1930.)

ACLARACION A LA BASE 18

Como aclaración a la base 18 del convenio de normas de trabajo, se acuerda declarar que son obras de albañilería: los blanqueos, estucos en mate, trabajos del yeso blanco y negro y la mampostería, las cuales, en evitación de posibles conflictos, deberán realizarse por el personal de albañilería de la obra apto para ello.

(27 febrero 1930.)

IMPORTANTE

Se participa a todos los asociados que las horas de entrada y salida al trabajo durante todo el presente mes de septiembre serán: de ocho a doce de la mañana, y de dos a seis de la tarde, en cumplimiento a lo que se dispone en la base 20 del vigente convenio de normas (contrato de trabajo); no pudiendo ser alterada los sábados por la tarde, y debiendo respetarse en dicho día las horas de trabajo de dos a seis de la tarde.

A contar del día 1 del próximo mes de octubre al 31 del venidero mes de marzo, las horas de entrada y salida al trabajo serán: de ocho a doce de la mañana, y de una a cinco de la tarde.

Lo que se participa a todos los asociados para su más exacto cumplimiento.

Asimismo, se recomienda encarecidamente a los asociados el que no deben prestarse a firmar contratos de trabajo con carácter individual, pues ha llegado a conocimiento de la Junta directiva el que se ha dado algún caso de esta naturaleza, lo que va en contra del contrato colectivo confeccionado por el Comité paritario de nuestra profesión, que

es el obligado a cumplirse y respetarse en todas sus partes, por ser el que tiene todo el valor legal y jurídico en la regulación de nuestras condiciones de trabajo. Tengan muy en cuenta esta recomendación los asociados y no se presten a las pretensiones de quienes les inviten a firmar contratos de trabajo, pues la colectividad ya le tiene firmado en representación de los trabajadores de nuestra profesión.

LA JUNTA DIRECTIVA

Decisión de una asamblea

Pidió el lobo al león que le nombrara gobernador de los borregos, y no contento con suplicárselo personalmente, encargó a su compañero el zorro que visitara a la leona, para que ésta influyera en su regío esposo.

Mas el león pensó: «El lobo tiene mala fama, y como no quiero cargar mi conciencia con la responsabilidad de este nombramiento, reuniré en asamblea a los animales para que me aconsejen.»

Se reunió la asamblea; no se habló en ella muy mal del lobo, y al cabo todos aprobaron su nombramiento para gobernador de los borregos.

Precisamente los únicos que no pudieron emitir su opinión, porque no les habían convocado, fueron los borregos.

León TOLSTOI

Oro viejo

¿Qué es un hombre sin ideal? Nada, absolutamente nada; cosa viva entregada a las eventualidades de los seres extraños, y que de todo depende, menos de sí mismo; existencia que, como el vegetal, no puede escoger en la extensión de lo creado el lugar que más le gusta y ha de vivir donde la casualidad quiso que brotara, sin iniciativa, sin movimiento, sin deseo ni temor de ir a ninguna parte; ser ignorante de todos

los caminos que llevan a mejor paraje y para quien son iguales todos los días, y lo mismo el ayer que el mañana.

El hombre sin ideal es como el mendigo cojo que, puesto en medio del camino, implora un día y otro la limosna del pasajero. Todos pasan, unos alegres, otros tristes, éstos despacio, aquéllos velozmente, y él, sin aspirar a seguirlos, ocúpase tan sólo del cuarto que le niegan o del desprecio que le dan. Todos van y vienen, cuál para arriba, cuál para abajo, y él se queda siempre, pues no tiene piernas para andar, ni tampoco deseos de ir más lejos.

PEREZ CALDOS

Nota necrológica

Víctima de un accidente a consecuencia del trabajo falleció, a las cinco y media de la tarde del martes día 5 del pasado mes de agosto, en el hospital de la Princesa, el que fué nuestro asociado Vicente Esperieneta Martín, asociado número 2.869. El accidente acaeció el día 6 de junio último, a las once de la mañana, en la obra que en la calle de Evaristo San Miguel, número 5, se construye por cuenta del patrono Eugenio Rubio.

El traslado de sus restos mortales tuvo efecto el viernes día 8, a las cinco y media de la tarde, desde el Depósito judicial al Cementerio municipal de Este, asistiendo una representación de la Sociedad con la bandera que en tan tristes actos se utilizan, y un gran número de compañeros y amigos del finado, testimoniando así las simpatías que en vida supo granjearse este infortunado camarada.

A su compañera, a su anciana madre y hermanos del finado les testimoniamos la expresión de nuestro profundo dolor, a los que aconsejamos serenidad de espíritu para sobrellevar el rudo golpe que les ha inferido la fatalidad.

Conferencias del compañero Juan José Morato

(Continuación.)

El primer acuerdo del Congreso fué comunicar al Consejo general de Londres la solicitud de ingreso en la Internacional. Después se nombraron Comisiones para emitir dictámenes, hablaron los delegados acerca del estado de sus representaciones y se leyeron mensajes.

El primero de los leídos fué el de la Federación de la Suiza romanda, en que predominaban los elementos aliancistas; es todo él una invocación a la abstención política: «La política, la religión y los Gobiernos han sido creados por nuestros patronos, burgueses, curas y reyes para mejor dominarnos, para mejor sojuzgarnos, para hacernos morir de hambre dividiéndonos en partidos.»

Otro de los leídos procedía del Consejo general belga; en él constan estas líneas:

«Al grito de ¡Viva la República!, recientemente aún muchos hombres de corazón se han levantado para combatir las tendencias reaccionarias y jesuitas de Prim y su comparsa. Todo esto tiene algo de caballeresco, que hace hervir la sangre de la juventud y que anima todo un mundo de recuerdos en el corazón de los ancianos. Pero sepamos dominar esos transportes y prestar oídos a la fría razón.»

Hubo también mensajes de Ruán y Lyon, cuyo contenido más bien coincide con el de los de Suiza y Bélgica; y asimismo los hubo de París y del Consejo general de Londres — éste en respuesta a la adhesión —; pero en las actas del Congreso no consta el texto de ellos, y es lástima por lo que respecta a Londres.

Mora, aliancista de buena fe, como todos, juzgando aquel Congreso escribió en su *Historia del Socialismo español*: «Sólo en la cuestión de la actitud que la Internacional debía observar con relación a la política se manifestaron opiniones encontradas y se riñeron verdaderas batallas entre los partidarios de la abstención y los que querían que la Internacional no abandonara el campo político, que entonces quería decir formar en las filas del partido republicano. Lo que allí faltó fué la opinión que habría conciliado los dos extremos, y cuya necesidad impusieron después los acontecimientos: "la constitución de la clase obrera en partido político de clase, distinto y opuesto a todos los partidos políticos burgueses".»

Veamos los acuerdos:

«Resistencia.—El Congreso obrero de la lengua española, considerando que la lucha contra el capital se hace una necesidad para conseguir la completa emancipación de las clases trabajadoras, y que para esta lucha es necesario poner-

se en condiciones económicas, declara que las Cajas de resistencia son una necesidad y un gran elemento para alcanzar el objeto a que aspira la gran Asociación Internacional de los Trabajadores.

Cooperación.—Que siendo el único objeto de la organización obrera el complemento de la solidaridad en el deseo de emanciparnos inmediatamente, el ramo directo y absoluto de la cooperación ha de ser la propaganda, y a ella debe tender toda Sociedad parcial o toda Federación de Sociedades en Secciones o Centros; o, en otros términos, que la propaganda debe ser la base de nuestra organización.

Que, como ramos subordinados, son de gran importancia los otros ramos cooperativos, en cuanto tiendan a la solidaridad y huyan de crear intereses restringidos.

Que la cooperación de producción, cuando las circunstancias lo exijan, debe preferir los objetos de inmediato consumo del obrero, y es reprochable siempre que no se extienda de hecho su solidaridad a grandes agrupaciones.

Que la cooperación de consumo es la única que no sólo puede aplicarse en todos los casos y circunstancias, sino que ha de servir de elemento o medio de iniciación general para todos los obreros, a quienes por su estado de atraso difícilmente podrían hoy alcanzarse los beneficios de la nueva idea.

Que al lado de la cooperación de consumo, y como auxiliares suyas, puede colocarse la cooperación en los ramos del socorro e instrucción mutua.

Organización.—En cada localidad se organizarán en Secciones los trabajadores de cada oficio, organizándose además una Sección que comprenderá en su seno a todos los individuos de los diferentes oficios que no hayan constituido aún Sección, y la cual será de Oficios Varios.

Todas las Secciones de oficio de una misma localidad se federarán, creando la cooperación solidaria y demás cuestiones de socorros, instrucción, etc., de gran interés para los trabajadores.

Las Secciones del mismo oficio en las distintas localidades se federarán entre sí para organizar la resistencia solidaria.

Las Federaciones locales se federarán para formar la Federación regional española, cuya representación será un Consejo federal elegido por los Congresos.

(Se discutieron y aprobaron reglamentos tipos de Federaciones de oficio, de Federaciones locales, de Sociedad obrera o Sección de oficio, de Sociedad cooperativa solidaria de consumo y el reglamento de la Federación regional. Al

frente de ésta habría un Consejo federal. Los nombrados en los Congresos para formarla se distribuirían entre ellos los cargos de cajero y secretario. El elegido para secretario tendría una retribución de 6.000 reales anuales, para consagrar todo su tiempo a cumplir el cargo. Para atender a los gastos del Consejo federal y al abono de la cuota debida al Consejo general de Londres, cada miembro de la Federación regional abonaría 25 céntimos de real al mes. Los miembros del Consejo presidirían las sesiones por turno.)

La acción política.—En la anterior lección reproducimos el acuerdo de la Federación del Jura, tomado en el Congreso de Chaux-de-Fonds, que la asamblea de los elementos de Barcelona hizo suyo, y copiamos el votado por la Federación madrileña, que hasta individualmente vedaba a los inscritos en la Internacional tomar parte en la política.

Pues, aun con todo esto, el acuerdo votado en Barcelona no fué exactamente el de Chaux-de-Fonds, sino el mismo un tanto atenuado.

Comparemos: «El Congreso romando recomienda a las Secciones de la Internacional que renuncien a toda acción cuyo objeto sea realizar la transformación social por medio de reformas políticas...»

Y la Ponencia de Barcelona propuso y se aprobó: «El Congreso recomienda a todas las Secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores renuncien a toda "acción corporativa" que tenga por objeto efectuar la transformación social por medio de reformas políticas...»

El concepto «acción corporativa» reduce mucho el alcance del acuerdo de Chaux-de-Fonds y anula totalmente el de la Federación madrileña, y, no obstante, los delegados que con mayor empeño y más elocuencia defendieron el dictamen fueron los madrileños: Borrel, Lorenzo, Paco Mora y Morago, de los cuales ninguno formaba parte de la Comisión. Se ha de decir que todos ellos declararon que no era aquello lo que opinaban; pero que conociendo las razones que había tenido la Ponencia para proponer tal resolución, estaban convencidos de que se le debía votar.

Corporativamente, en cuanto colectividad, las Secciones de la Internacional no podían ejercer la acción política — digamos claro que todo esto de acción política no es más ni es menos que acción electoral —; pero los internacionales inscritos en ellas podían hacer lo que estimasen mejor.

Por esto, Alsina, diputado a Cortes, siguió en su Sección; por esto, sin dejar su afiliación a la Internacional, pudo Balmorero Lostáu ser elegido diputado por Barcelona el año 1871, en las primeras Cortes de Amadeo de Saboya; por esto, los mismos hombres y los mismos periódicos republicanos que habían censurado el acuerdo de la Federación madrileña hasta encontraron tolerable el de Barcelona.

Se acordó que el siguiente Congreso se efectuaría en Valencia el segundo domingo de abril del año siguiente. Unos delegados señalaron a Madrid como sede del Consejo federal y otros a Barcelona; de los 74 delegados presentes, 31 votaron por Madrid, 25 por Barcelona y 18 se abstuvieron, resultado nada lisonjero para Madrid, puesto que equivale a 31 votos en pro y 43 en contra. Para la designación de los compañeros que habían de componer el Consejo federal no hubo ni asomo de titubeo: por aclamación y con verdadero entusiasmo se nombró a Borrel, Lorenzo, Mora (Angel), Mora (Francisco) y Morago. Por su actividad, por su elocuencia, por su ilustración, por su simpatía personal y acaso hasta por ser castellanos, los delegados madrileños habían ganado la voluntad de un Congreso en que casi las dos terceras partes de los delegados eran catalanes.

Los cinco amigos elegidos para formar el Consejo federal volvieron a Madrid, dando un rodeo, con objeto de celebrar en Valencia un acto de propaganda, acompañados de los delegados directos de Andalucía, y una vez aquí, y habiendo dado cuenta a la Federación local del uso que hicieron del mandato, se reunieron para constituir el Consejo federal el 5 de julio, distribuyéndose los cargos como sigue: secretario, Francisco Mora; tesorero, Angel Mora; contador, Enrique Borrel, y vocales, Anselmo Lorenzo y Tomás González Morago. Acordaron celebrar sesión los martes y los viernes, renunciar inmediatamente a los cargos que tenían en el Consejo de la Federación local, que la retribución del secretario fuese de 25 pesetas semanales, redactar un reglamento interior, dirigir un manifiesto a las Secciones y pedir a éstas datos y noticias no sólo para llevar a la práctica la Federación, sino también para redactar la Memoria que había de enviarse al Consejo general para que éste la llevase al Congreso internacional de Maguncia.

Las cinco vacantes dejadas por los miembros del Consejo federal en el Consejo local de Madrid determinaron una reorganización de éste que tuvo efecto el 19 de agosto. En ella fué nombrado miembro de la Comisión de organización Paulino Iglesias, que desde abril era delegado de la Sección de Tipógrafos en

dicho Consejo y quizá ya miembro de la Alianza local.

No parece que se apresuraban todas las Secciones representadas en el Congreso de Barcelona a entrar en la organización, entendiéndose con el Consejo y enviando los movimientos de afiliados y las cotizaciones, esto es, regulando definitivamente la situación respecto de la Internacional. Pero si esto era lento, no lo eran tanto las demandas de auxilio y de intervención dirigidas al Consejo federal. En tres ocasiones, y en el mes de agosto de 1870, se presentaron en Madrid Comisiones de Sociedades en huelga o amenazadas de despido colectivo por los patronos, para visitar al ministro de la Gobernación, y en un caso al de Marina, pidiendo que los acompañaran miembros del Consejo federal. Lo hicieron éstos a regañadientes.

Item, en septiembre, una Sección de Cartagena se quejó de que habiendo prestado, con motivo de huelga, hasta 56 duros en espanto a la Federación de Palma de Mallorca, ésta no sólo no pagaba la deuda, sino que ni aun contestaba a las cartas, por lo cual se iba a llevar el asunto a los Tribunales de justicia. El Consejo quiso disuadirlos de su propósito, nada concorde con la negación del Estado, el Poder judicial, etc., y lo lograron cuando se les ofreció que los miembros del Consejo abonarían poco a poco, de su bolsillo, el descubierto de los obreros de Palma. La Sección de Cartagena no aceptó el ofrecimiento y confesó su ligereza o error.

Por los estatutos, las Secciones se debían solidarizar en los trances de lucha; menudearon éstos, y, como es lógico, resultaron más sacrificadas las más previsoras, y siempre hubo descontento, porque, naturalmente, no se podía atender a todas ni organismos recién creados disponían de fondos metálicos. Las que necesitaban el auxilio lo recibían en cantidades reducidas a lo inverosímil; las que auxiliaban realizaban, no obstante, un sacrificio considerable.

En sesión de 27 de julio, cuando ya estaban en guerra Francia y Prusia, el Consejo federal acordó escribir a Londres remitiendo una extensa Memoria llena de noticias y proponiendo que el Congreso de aquel año, convocado primero para París y después para Maguncia, se celebrase en Barcelona...

Que el Consejo general no era modelo de actividad ni de puntualidad lo dice el hecho siguiente, registrado en el acta del Consejo federal correspondiente a la sesión de 22 de febrero de 1871: «Se recibió carta del Consejo general en contestación a la nuestra de 14 de diciembre, en la cual nos decían que habían recibido también la nuestra de 30 de julio, que había quedado en contestar Sarrailler; pero por haber marchado a defender la República francesa no había podido hacerlo. En su consecuencia, el Consejo había nombrado al ciudadano Federico Engels para secretario de España. Nos dicen con cuánta satisfacción veían el movimiento obrero de España.»

(Se cita el hecho porque esta pasividad contrasta vivamente con la actividad pasmosa de los hombres de la Federación romanda, con la cual, por cierto, en sesión de 27 de enero de 1871, acordó el Consejo federal mantener relaciones constantes.)

Casi al mismo tiempo que el Consejo federal escribía a Londres para que el Congreso de 1870 se celebrase en Barcelona, aquel suscribía un manifiesto protestando contra la guerra; manifiesto que tuvo resonancia y del que son estos párrafos:

«¿Con qué poderoso talismán se arrastra a tantos miles de hombres contra sus propios hermanos, en perjuicio de sus intereses y en defensa de sus tiranos?

Con el grito sagrado de la patria.

¡Pues maldita sea la patria!

¡Cien veces sea maldita esa preocupación!

¡Trabajadores de Francia y Prusia: Aun sería tiempo, aún podríais evitar la guerra dándoos un abrazo y arrojando al Rin esas armas, que, lejos de constituir vuestra fuerza, son, por el contrario, el más sólido eslabón de vuestra cadena!»

(En septiembre de ese mismo año, 1870, *La Solidaridad* insertó en sus columnas el primer artículo de Iglesias, titulado «La guerra» y firmado «P. I.»)

Coinciden Lorenzo y Mora en sus libros en hacer que destaque bien el enorme esfuerzo que hubo de realizar el Consejo para encarrilar el organismo. Verdad es también que aquel segundo semestre de 1870 fué deplorable por la gran crisis de trabajo, aún más aguda en Cataluña, y agravada en Barcelona por una epidemia.

Cuán adversa era la situación lo dice el hecho de que *La Federación* no pudiera publicar más que dos páginas; que *El Obrero*, de Palma, dejase de publicarse y que lo mismo le ocurriera a *La Solidaridad*, de Madrid, tras una larga agonía.

(Se continuará.)

¡Compañero!

Lee y propaga EL SOCIALISTA

GRÁFICA SOCIALISTA. San Bernardo, 92.